

La Religión y los valores

José María Mardones

1. Valores que aporta la Religión en general

Habría que decir, desde el principio, que la aportación de lo que llamamos religión en general está, sin duda, muy anclada en la tradición cristiana, pero sospechamos que toda religión participa de una serie de valores cuya existencia sostiene e impulsa con su presencia. Vamos a tratar de señalar los más notorios y principales. Indicamos así funciones principales de la religión que desatan o provocan ristas de visiones, comportamientos y valores. No podemos prescindir de este modo de proceder de la educación religiosa en valores. El educador será consciente que transmite “muchas cosas” cuando enseña religión: educa a un modo de ver la realidad y la vida, a un modo de vivir y comportarse desde una religión.

1.1. La Religión sitúa en una tradición

Nos proporciona así el sentido de la vinculación con otras generaciones precedentes y posteriores. Estamos situados en una corriente. Nos sentimos deudores de otros y seguidores y proseguidores de su visión de la realidad, modo de concebir la vida humana, social, etc. La religión es religación no sólo con una trascendencia, sino con una comunidad de seres humanos que tienen una historia y un legado.

Se advierte que aquí ya late un "paquete de valores": sentido de ser agraciado o receptor de una herencia, en continuidad con otros, sentimiento de no estar solo, sino vinculado, integrado, en un colectivo (pueblo, iglesia, comunidad) con un sentido e incluso con un determinado estilo de vida. Sentido comunitario y de pertenencia a un colectivo, del bien común, integración, capacidad de sacrificio por el colectivo, respeto a la tradición, a los mayores, son valores anudados a la tradición.

1.2. La Religión como oferta de salvación

Las grandes religiones son religiones de salvación. Quiere decir esto que la religión transmite, educa, agudiza un sentido humano de finitud y limitación. Nos sentimos débiles para alcanzar lo que ansiamos ser; al final, todos deseamos la realización, la felicidad. Pero somos conscientes de que nosotros mismos somos el gran obstáculo para ello, mediante nuestro comportamiento torcido, pecaminoso. Necesitamos la salvación.

La religión crea así un espacio humano donde se dan cita un cúmulo de aspectos de la realidad y de valores: surge lo que se denomina, al menos en las religiones proféticas (abrahámicas), la historia o espacio de la libertad humana, la visión del mundo como un conjunto de acontecimientos que tienen que ver con mi voluntad libre y mi destino. Me juego mi realización, felicidad y salvación en el modo como actúo y me relaciono en esta vida. Nace un fuerte sentido de responsabilidad ante la vida y el mundo, de sentido del deber, de aprovechamiento del tiempo, de disciplina, racionalización de la vida, etc.

1.3. La Religión como donador de sentido

Lo estamos viendo ya: la religión sitúa al ser humano en un mundo con orden, principio y fin, en un proceso que le vincula a los otros y al totalmente Otro (Absoluto, Dios). Al hacer esto, la religión nos saca del caos informe donde, de lo contrario, estaríamos sumidos: una especie de desorden y oscuridad primordial (anomia, según Durkheim). Al poner sentido, el mundo se ordena, se convierte en "cosmos", en una

casa apta para ser habitada, donde hay señales para situar las cosas y pasillos o carreteras para deambular.

Ahora la vida se ilumina, tiene una razón de ser. O dicho de otra manera: sé por qué trabajar, esforzarme, soportar, sacrificarme, sufrir y morir. Todos los hombres necesitamos este sentido radical y profundo, más o menos explicitado o consciente, para poder vivir. Ligados a las respuestas que le demos van vinculados numerosos valores que tienen que ver, como decíamos, con la fortaleza, el ánimo, la diligencia en el trabajo, el esfuerzo, etc.

1.4. La Religión y dignidad de la personas

Vistas las cosas desde la tradición bíblica y más la cristiana, la religión educa en la consideración de la otra persona, de todo ser humano, como valioso en sí mismo, es decir, como digno, por ser "imagen de Dios", hijo de Dios, salvado por Jesucristo, etcétera. Descubro en el otro un ser igual a mí, al que no puedo manipular ni convertir en instrumento para mi uso. Enormes impulsos utópicos que llegan hasta hoy han recorrido la historia occidental agarrados a esta idea de la radical igualdad de todos los seres humanos.

Es decir, la tradición judeocristiana, como se acepta en general, es la gran transmisora del valor del absoluto de la persona humana. Esta, denominada hoy "superstición humanitaria", ha sido asumida por toda la conciencia laica seria de nuestro tiempo. Pero no está de más tomar conciencia de las raíces religiosas de las que procede.

1.5. Libertad, responsabilidad y solidaridad

Son constitutivos adscritos a la persona por la religión, especialmente bíblica. La religión ayuda a tomar conciencia de la propia responsabilidad, cabe Dios y cabe los otros. El sentido de la conciencia de un ser yo con capacidad de respuesta, presupone que me siento libre, no totalmente determinado, sino capaz de orientar mi vida y, por lo tanto, moralmente responsable de ella.

La conciencia me hace consciente de mi relación con otros en posiciones sociales de fortuna e infortunio distintas. No soy responsable

de esta situación antes de tomar decisión alguna, pero la mutua implicación me hace corresponsable desde el momento que opto en esta sociedad. La solidaridad fruto de un mutuo origen, filiación o historia de salvación, me vincula estrechamente a los otros. De ahí brota la compasión activa, la solidaridad en acto que está en la raíz del profetismo, de los movimientos mesiánicos (el éxodo como modelo de liberación, M. Walzer), de la sensibilidad por los "rincones oscuros de nuestro mundo y sociedad" (B. Brecht) y, en general, de la actitud transformadora respecto al mundo, que Weber denominaba orientación hacia el mundo.

R. Bellah suele recordar que la religión educa a saber mirar la realidad: no distraídos en el dinero y el consumismo, sino en las necesidades e intereses de todos.

1.6. La Religión nos sitúa ante la profundidad insondable de la realidad

Es decir, la religión nos sitúa ante el misterio. Enseña al hombre a mirar con profundidad la realidad. Frente a la tendencia positivista, funcional y pragmático-utilitaria de nuestro mundo industrial, que resbala sobre la superficie de las cosas viendo sólo su lado mensurable, expresable en números y cantidades, la religión educa en la mirada en profundidad: ver la realidad dotada de un fondo inagotable, misterioso. Nos hace ver las cosas como símbolos que nos remiten a otra cosa no presente. Estamos cargados, rodeados por el misterio. La religión nos educa en la captación de esa riqueza inexhaustible de la realidad. Una actitud contemplativa, respetuosa, de la realidad. La realidad es sacramental.

De rechazo, el hombre va descubriéndose misterioso en su misma interioridad profunda e inagotable. Somos portadores del misterio insondable en nosotros mismos. Esto nos vuelve, como sabe la cultura actual, interesantes para nosotros mismos.

Hemos hecho un breve recorrido por aquellas funciones que generan un conjunto de visiones y valores en los creyentes. A la vista de lo expuesto, nos damos cuenta de la función capital que la religión ha realizado en las sociedad como transmisora de valores y estilos de vida.

Ni que decir tiene que la pretendida exposición en positivo que hemos efectuado obtiene diversos grados de éxito dependiendo de los procesos de socialización, de educación, de las circunstancias de la vida y de la voluntad del destinatario. Incluso cabe afirmar, como es sabido por todos, que la religión puede mal funcionar y servir de transmisor de valores corrompidos, tergiversados y desfigurados. Sin llegar a ese extremo, lo que sí estará en la mente del lector son los diversos acentos que reciben los valores dependiendo del modo como se entienda los diversos acentos que reciben los valores dependiendo del modo como se entienda una misma tradición religiosa. Como sabemos, las religiones son sacos enormes, con tradiciones milenarias, que tienen que ser, y son de hecho, continuamente reinterpretadas y actualizadas. En este proceso incesante de revivificación se configuran tendencias, movimientos, escuelas, grupos y sectas, con acentos varios. Los valores adquieren tonalidades diversas y aún contradictorias.

De aquí que sea imprescindible analizar no sólo los valores que se adscriben en general a la religión, sino los que de hecho vehicula desde una vivencia concreta en un grupo, tendencia o momento histórico.

Tampoco está de más recordar telegráficamente que la situación de la religión en nuestra cultura y sociedad (euroatlántica, española) es de "privatización de la religión". Es decir, la religión es importante para el individuo, en su ámbito familiar y personal; es cada vez menos relevante desde el punto de vista de legitimación o justificación pública general, y aún del individuo en la vida pública y cotidiana.

2. Los acentos de la Religión en la actualidad

También aquí tenemos que proceder haciendo uso de una tipología. Es decir, esquematizamos y ordenamos la realidad en algunas tendencias -las que creemos más notorias en nuestro momento¹ a fin de indicar a modo de sugerencias los grandes

¹ Cf. J.M. Mardones, *Para comprender las nuevas formas de religión*, SVD, Estella 1994.

conglomerados de valores que impulsan, preferentemente, cada una de las tendencias religiosas. Tiene la pretensión de indicar que los valores que transmite la religión vienen mediatizados por estas tendencias o sensibilidades religiosas, donde, además, se encuadra la propia peculiaridad del educador y educando.

2.1. La tendencias tradicionalistas

En el ámbito cristiano, católico, que tenemos de trasfondo, mejor que utilizar el calificativo de fundamentalistas, es preferible y más correcto el de tradicionalista o neointegristas, para designar aquellas tendencias religiosas que representan y transmiten un modo de ver la realidad y de comportarse que se remite fuertemente a la tradición de la Iglesia. De hecho, cuando se observa con detenimiento, la tal tradición siempre se convierte en referencia a determinadas tradiciones, usos y costumbres, no exentas nunca tampoco de reinterpretaciones y adaptaciones.

La actitud de estas tendencias (ya que son varias dentro de un mismo aire de familia) tiende a fijar una serie de valores alrededor de su énfasis en la tradición. Así, el orden, el respeto a la autoridad, jerarquía, la obediencia y aún sumisión, el obsequioso declinar de la propia reflexión y crítica frente a lo mandado, autorizado, estatuido, son valores y actitudes que forman un síndrome de valores típicos de estos grupos. Estas tendencias presentan una clara afinidad con las ideologías y valores de mantenimiento del denominado orden social, del *statu quo*. Cuando este conjunto de valores se mira desde la educación, se tiende a forjar un modelo del "buen chico/a" o estudiante con rasgos como educado, respetuoso, obediente, trabajador, limpio, ordenado, austero... El estereotipo de personas piadosas y de orden.

Actualmente, la modernización y contaminación de la sensibilidad actual puede darse la mano en los nuevos movimientos eclesiales,, tradicionalistas, con valores prácticos y eficacistas y con todo un gusto por el uso "pastoral" de medios técnicos y mediáticos ultramodernos. En otros casos, se puede conjuntar con un fuerte acento en los valores simbólicos-expresivos (canto, liturgia, danza...) y los emocionales (sentimientos de conversión, salvación, piedad, fervor). En general

presentan unas actitudes de recelo y hasta franco rechazo de las denominadas actitudes y valores de "la modernidad ilustrada", especialmente el espíritu crítico y las visiones y explicaciones seculares, emancipadas, de la realidad.

2.2. Las tendencias proféticas

Ponen el acento en la solidaridad. La compasión activa se torna aquí indignación ante las injusticias, desigualdades, carencia de libertades de los individuos y las colectividades; vehemencia denunciadora de dichas situaciones e impulso de transformación de la realidad que hace al hombre sufrir bajo la opresión de las leyes, instituciones o sistemas esclavizantes. La liberación, el cambio, la transformación, se hace compromiso, militancia o activismo en pro de un cambio de la situación. La proclividad a enganchar y mediar la promesa de salvación cristiana en realizaciones intrahistóricas, inclina a esta tendencia hacia ideología y utopías de transformación social. Aquí, el estereotipo presenta personas críticas y afines al cambio social.

La mirada al futuro, la insatisfacción con el presente, la sensibilidad ante la dignidad de la persona, el sentido de la igualdad, la justicia, la libertad y la fraternidad, son valores que se enroscan al eje axiológico de las tendencias proféticas y se hacen, en los mejores casos, abnegación, entrega, donación generosa, compromiso activo en pro de la causa de los menos favorecidos de nuestra sociedad y nuestro mundo.

Actualmente asistimos al cambio de las jóvenes generaciones hacia los denominados valores postmaterialistas (centrados no tanto en el tener, la posesión, el éxito, el dinero, cuanto en el ser, la realización de sí, la participación, la preocupación por la naturaleza, la igualdad de sexos y razas), que, sumado al descrédito de las políticas de izquierdas, impulsa hacia una variante "humanitaria" del compromiso social. Esta "militancia humanitaria" se orienta hacia la práctica de solidaridades concretas vía voluntariado con marginados, Tercer Mundo, ONGs, etcétera. Una adecuación que rompe la inclinación clásica o convencional de este tipo de tendencias religiosas y las adapta hacia la nueva sensibilidad de la "política de la diferencia" (Ch. Taylor),

de los nuevos movimientos sociales, o simplemente hacia la sustitución de la retórica abstracta mediante la solidaridad concreta. El peligro radica aquí en que el localismo de la tendencia aprisione al individuo en asistencialismos carentes de perspectiva general o estructural.

2.3. Las tendencias neo-místicas o neo-esotéricas

Apuntamos hacia un tipo de religiosidad presente ya entre nosotros y que tiene eco -excesivo- en los mass media. Se caracteriza por su eclecticismo y emocionalismo. La mezcla de afirmaciones cristianas con otras orientales o procedentes de las tradiciones ocultistas, ecología, psicología transpersonal, etc., hacen de esta religiosidad una sensibilidad más que un movimiento, y sin duda, como todas las modas, contamina a creyentes cristianos.

Los valores que se expanden desde esta sensibilidad tiende a centrarse en lo que constituye su objetivo fundamental: el cambio de conciencia. Un cultivo de la pertenencia a un Todo que nos unifica y nos atraviesa e impulsa con su Energía. Lo importante es sentir, experimentar en el interior de uno mismo la presencia salvadora, curativa, sanante, armonizadora, de esta Presencia impersonal. Equilibrio, experiencia interior, armonía psicofísica, tranquilidad, terapia, sanación, integración personal y con el todo, sentido (panteísta) del misterio que nos rodea, autoexpresión, autorrealización interior... Se puede dar la mano con diversidad de variantes y acentos dietéticos, vegetarianos, de cultivo del cuerpo, de la potenciación de las relaciones y la comunicación personal, tratamientos psicoterapéuticos, e incluso con el espiritismo, ocultismo y la ufología. Un redescubrimiento del misterio, la magia de la realidad, que se puede convertir fácilmente en inclinación hacia el milagrerismo o maravillosismo de lo sorprendente, pertenece a este tipo de sensibilidad religiosa. El estereotipo puede ofrecer una persona moderna, algo cultivada, sensible y proclive al misticismo maravillosista.

2.4. La sacralización de lo secular

Vivimos en una sociedad donde advertimos que las actividades profanas, seculares, se ritualizan y sacralizan. No sólo las ideologías

nacionalistas, sino que el culto al cuerpo, a la madre naturaleza y sus productos incontaminados, o los ritos del deporte, la música o, sencillamente, los encuentros masivos de los jóvenes los "viernes noche" en determinados lugares de las ciudades, semejan celebraciones litúrgicas. Asistimos a un reencantamiento de lo secular.

¿Qué valores se expanden desde esta religiosidad secular? La cuestión no deja de tener importancia, máxime cuando es acentuada por los sociólogos de los valores, que sitúan, en el ámbito de los amigos y del asociacionismo informal, uno de los medios más influyentes en la educación y transmisión de ideas, valores y comportamientos.

Se busca la sensación y vivencia de la religación con los otros, el sentirse con otros, junto a otros, en la efervescencia de las reuniones masivas (musicales o deportivas) o de los "tontódromos" concurridos por muchos. La integración, la cercanía, el apoyo en estilos de vida, gustos, referencias, "divos" (= santos patronos), quiere exorcizar y compensar el anonimato y la incomunicación, la soledad espiritual de nuestra sociedad. Más allá de estos rituales, la ecología proporcionaría un sentido de comunión con el todo, cierta vivencia panteísta de pertenecer y estar atravesado por la Vida. El culto al cuerpo sitúa la preocupación por la salud, el bienestar físico y psicológico, la sed de armonía interior y exterior, mente y cuerpo, en una suerte de salvación inmanente, intramundana, pegada al aquí y ahora del individuo.

Religiosidades menores, hechas de vivencias fugaces con atisbos de pequeñas transcendencias. Toques de reencantamientos aptos para romper la monotonía de la vida plana y funcional, de la fragmentación y el sin sentido. Compensaciones a la pérdida de referentes fuertes, de la religión institucional. Valores de integración, referencia, sentido, armonía, para el individuo situado fuera de los márgenes de la religión tradicional y sin capacidad ni decisión para explorar caminos nuevos.